

La palabra en lugar de la apropiada del tecnicismo militar, concentración, ha dado lugar a que se haya creído que el Ejército Mexicano había pasado al pie de guerra —duplicándose cuando menos el efectivo—, de los cuerpos que se ha anotado como que se han movilizad^o y que no sufrieron modificación en su efectivo bien reducido por cierto y cuando sólo se ha querido decir que esos cuerpos van a ser concentrados en otro lugar.

LAS EPOPEYAS DEL SITIO

Los hechos aislados, los combates sostenidos por nuestros valientes oficiales y soldados supieron hacer honor a la fama de sus adversarios, en nada desmereció el mérito de muchos de los oficiales, generales y superiores, pero tanta abnegación y tanto sacrificio, fueron torpe y festinadamente inaprovechados por una rendición, que con todos los arreos de honor y de hombría, no supo corresponder a los principios económicos, dentro del orden militar, que estaba autorizada a reclamar una nación que habría de emprender, como emprendió, una larga lucha para readquirir su autonomía y salvar los principios republicanos.

No fué comentado favorablemente por el elemento defensor de la plaza de Puebla cuando el 18 de marzo, los invasores por un rodeo se apoderan del Fuerte de San Juan; no se hizo una salida general al norte, como parecía indicado, durante la marcha de flanco de la fuerza francesa o que cuando menos se hubiera disputado la ocupación del cerro de San Juan. El general Lalanne ha explicado que en aquel día no se contaba aún con la cooperación de las tropas del general Comonfort, por que sólo había con el general Uruga una parte de los efectivos del irregular Cuerpo de Ejército del Centro. Pero los acontecimientos y los comentarios de las propias cartas de los generales no dejan lugar a dudar que ni en aquel día, ni en ningún momento pudieron ser eficaces los auxilios del Ejército Auxiliar por las razones que he expresado con relación a su organización, a su disciplina y a sus mandos, cuanto por que tampoco el comandante del Cuerpo de Ejército de Oriente pensó o no supo pensar jamás cómo podría haber empleado la cooperación de ambos Cuerpos en una maniobra de combate fructífera, eficaz y de resultados positivamente beneficiosos para la república.

Combates de resistencia, de defensa, de auxilio a los lugares más atacados; esa y no otra, debería haber sido la continuada acción de los defensores de Puebla en aquel largo, innecesario y aniquilativo esfuerzo, que al fin se diluyó en una rendición con sacrificio de todos los elementos, que el gobierno de la república, seguramente había confiado con la intención de que fueran más eficaz y largamente aprovechados.

El 21 de marzo, tal como se había previsto, pudieron hacer su salida de la plaza las Brigadas de Caballería de Carbajal y Aureliano Rivera. Esas tropas marcharon a incorporarse al Cuerpo de Ejército del Centro. Estos elementos, soberbios para ser aprovechados en la pequeña guerra, en la guerra de guerrillas, en los albazos, en las emboscadas y para el continuado oficio de inquietar y de embestir sobre puestos avanzados, para nada iban a servir en el empeño de una acción de gran guerra que debería de tener lugar entre los franceses y el Ejército Auxiliar; acción a campo raso, que ni en sueños podían sostener esas fuerzas, preparadas, muy bien acondicionadas, de una movilidad grande para jamás dejar en reposo a los pequeños puestos o a los destacamentos en sus incursiones.

La defensa de los fuertes y de las líneas establecidas no dejó de hacerse un solo momento con una heroicidad grande, palmo a palmo supieron disputar nuestros mexicanos, la ocupación de aquellos terrenos confiados a su honor, de soldados; pero el fin, la suprema ley, aquella que anatematiza a los que se encierran en las plazas, sin contar con los auxiliares técnicos especificados y que no saben abandonar la pasividad injustificada, habría de realizar su designio sobre los defensores de la grande, inmensamente grande ciudad de Puebla, elevada a ese pedestal de inmortalidad, por el genio característico, perseverante y firme del general Zaragoza y de sus soldados, que después de recibir el espaldarazo de la gloria el 5 de mayo, dejaba lauros meritisimos para inmortalizarse defendiéndola.

El fuego vivísimo de cañón no cesaba y no sólo lo abrían las baterías enemigas para procurar la apertura de brechas, sino cuando se daban cuenta de que nuestros soldados reponían una parte, la parte de los parapetos demolidos, empleando sacos de tierra para esas elementales reparaciones.

No dejaba el mando de cometer desaciertos; no de otro modo fué juzgado por los entonces tenientes coroneles Lalanne y Troncoso, la pequeña salida del Fuerte de San Javier, contra la tercera y cuarta paralelas, llevando poca fuerza (así lo disponía la orden). Aquella inútil y pequeña salida se hizo por un lado con treinta hombres del 2o. y 30 del 6o. de Guanajuato. Los resultados prácticos... ningunos. La tercera parte de aquel pequeño efectivo quedó tendido fuera de los parapetos pues, innecesariamente, audazmente llegaron hasta tocar la trinchera enemiga. Los franceses dieron a conocer que estaban muy confiados en que los defensores no harían salidas; con mayor efectivo les pudieron haber clavado los cañones de esa trinchera y nuestros bravos dieron a conocer, que aún ante una orden descabellada nuestros soldados eran muy capaces de emprender salidas signi-

ficativas, determinantes, seguramente, antes que dejar las astillas de las armas en aquellos muros que tanto supieron defender con épicas hazañas que tenían lugar pasivamente a diario, a cada momento, en cada fuerte y en cada línea de defensa, con un ardor, con una firmeza y con un entusiasmo patriótico, muy digno de haber sido manejado con mayor competencia y con mayor efectividad. Pero el caudillaje seguía imperando en la república y el gobierno había sido constreñido, obligado por la opinión armada a confiar el mando del Cuerpo de Ejército de Oriente a un caudillo, pero a un caudillo militarmente inepto. Hasta ahí nos seguía la adversidad del destino: con la muerte del general Zaragoza, había quedado inoculado de muerte el Cuerpo de Ejército, que él con su mando supo inmortalizar y ahora ya numeroso, potente y bien integrado, acabaría para siempre ante la veledad de un mando inactivo e irresoluto.

El día 28 de marzo varios de nuestros militares competentes no se explicaban por qué no se decidían a verificar un asalto sobre el Fuerte y la Penitenciaría y al mismo tiempo pensaban razonando por qué no atacarían al mismo tiempo por el Señor de los Trabajos. Qué hubiera importado a los franceses perder hasta dos mil o más hombres, según los competentes oficiales Montésinos, Rosado y Troncoso; esa embestida los haría dueños de la plaza en un solo ataque y en un solo día. Era de suponerse que se hubieran dado cuenta de que ya para esta fecha, con excepción de cuatro fuertes campamentos, todo lo demás era una débil línea, y se suponía que los atacantes de la plaza, sólo frente a San Javier, podrían haber concentrado no menos de doce mil hombres. No podían aquellos competentes militares explicarse por qué no verificaban un ataque las fuerzas sitiadoras, cuando disponían de quince mil hombres, sin grande esfuerzo para poderlo llevar a fondo, lo excedido para atacar un fuerte ya destruido, batido por 35 cañones que ya no podían obtener la debida respuesta y la demolición ya practicada hasta 50 metros de foso. Era mucho lujo de precaución, de trincheras y de cañones para un fuerte pequeña y desmantelado; pero ese lujo, ese temor para asaltar, esa precaución metódica y parsimoniosa, se lo habían sabido imbuir el valor de nuestros soldados, el arrojo para combatir cuerpo a cuerpo y la indiscutible entereza de oficiales como tantos, entre otros admirables el heroico Coronel Auza poco recordado entre tanto episodio épico que opacamos con nuestra incuria y falta de debido patriotismo.

San Javier fué atacado por un fuego violentísimo, nutrido y concentrado. Toda la artillería de las paralelas adversarias y sus morteros en número de 36 cañones de batalla de 8 y 12; 4 morteros y 4 obuses de montaña; total 44 bocas de fuego. Los

parapetos, lienzos enteros de los muros, techos y blindajes de la Penitenciaría y San Javier fueron pronto barridos y derribados, aunque heroicamente defendidos por los batallones 20. y 60. de Guanajuato.

El Fuerte no tuvo más remedio que permanecer en silencio; sólo el de Santa Anita con seis cañones y el de Morelos con cuatro, esto a larga distancia pudieron responder al fuego enemigo, que a poco acallaba esas audaces bocas de fuego. Una hora de cañoneo, resistido en sus puestos por nuestros valientes soldados que caían entre los derrumbamientos y se levantaban airados con su fusil. Una descubierta de zuavos y en seguida todo el batallón, una Compañía de Zapadores y el 1er. Batallón de Cazadores a pie se lanzaron al asalto con una disciplina y con un aplomo admirables, siguiéndolos como reserva el 51 de línea, el 30. de zuavos (sólo un Batallón) y dos Batallones de guardia de trincheras del propio 51. El asalto fué hábil y formidablemente llevado a fondo; cuando nuestros soldados lo sintieron ya estaban los zuavos dentro del fuerte. Es indescriptible lo formidable de la epopeya; nuestros soldados se batían valerosamente, nuestros oficiales a la cabeza de fracciones reducidas disputan a las armas francesas el honor, puesto en mejores manos, que en la de aquellos patriotas que defendieron con una heroicidad grande, inmensa, inconcebible el Fuerte aquel de la Puebla de la Leyenda. Un grupo de 20 hombres del 60. Batallón de Guanajuato que equivocaron la salida por las horadaciones, fué a encerrarse a una pieza que sólo tenía una ventana con una reja muy gruesa que no pudieron romper. El abanderado subteniente Cervantes desde ahí gritó desesperadamente al coronel Montésinos para entregarle la bandera. Al fin lo consiguió y ahí murieron en el más formidable de los combates, aunque salvando la bandera, que a su vez salvó el coronel Montésinos, aún ante la rendición ordenada por el General en Jefe. Al fin después de furiosos contraataques, que les dieron a los nuestros momentánea readquisición de la luneta, aquellos valientes, diezmados, vencidos por el número, por los desplomes y por el aislamiento, retiraron su definitiva retirada, no sin dejar en los muros derruidos de San Javier la historia toda de una defensa admirable, en que se disputaban la primacía, el honor, el patriotismo, el deber y la audacia militar portentosamente desarrollada por aquellos valientes muy capaces de haber roto el sitio y de haber llevado sus banderas triunfadoras en la masa atacante, para esperar mejores momentos, que indiscutiblemente les hubieran ofrecido un mejor mando, sapiente para escoger la clase de guerra apropiada y los instantes oportunos para constante y eficazmente interceptar su ya larga línea de comunicaciones.

De nada sirvieron los arrestos de furia y de empuje del histórico Cuerpo de Caballería "La Legión del Norte".—Los capitanes Treviño y Naranjo se baten rabiosamente en la Penitenciaría, saltan el parapeto y hasta que pierden un tercio de su efectivo, vuelven a sus posiciones después de causar la desorganización y numerosas bajas a los adversarios.

No necesitamos hacer alarde del justo y meritisimo comportamiento de nuestros soldados —aunque esto sea un legítimo orgullo.—El General Forey en uno de sus partes al Ministro de la Guerra de su país, ha dicho que el fuego del 29 de marzo ha podido compararse con el de Sebastopol, informando que perdió en esos combates 16 Jefes y Oficiales y 231 de tropa.—Según los informes mexicanos perdieron por muertos más de doscientos y otros tantos por heridos.—Según los oficiales franceses las pérdidas del día ascendieron a 600 hombres.

Las pérdidas nuestras fueron enormes; del 2.º Batallón de Guanajuato sólo sobraron alrededor de cien hombres; del 6.º quedaron 300; de los cinco pelotones de artillería sólo quedaron dos y la bravísima Legión del Norte perdió la mitad de su personal.—De las demás tropas hubo 600 bajas.—Lástima grande de tanto heroísmo en misión de sacrificio inútil, por la equivocación o ignorancia indiscutible del mandó obsecado en mantenerse en una defensiva pasiva, situación muy a propósito para agregar un desastre más, a los muchos que registraba ya la historia militar de los que ineptamente se encerraban en plazas para esperar un aniquilamiento o la destrucción de sus tropas.

El ataque y toma de San Javier fué el hecho de armas más significativo del sitio de Puebla. El general Troncoso en sus notas escribió:

"Como simple comparación que hago al poner en limpio esos apuntes, que dejo tal como los escribí, hago constar: que el ataque y toma de San Javier, fué el hecho de armas más grande del sitio de Puebla. Hubo otros hechos muy importantes y gloriosos, como fueron: el de Guadalupe, Hospicio; los dos de S. Marcos; los dos de San Agustín; los dos de la manzana entre Miradores e Iglesias; los de las calles y casas de los Loros y la Estampa; la manzana del mesón de la Reja; el brillante de Santa Inés, que sigue en importancia a San Javier, por las pérdidas del enemigo y las circunstancias especiales que concurrieron; los dos de Pitimí; derecha del Carmen; fuerte de Ingenieros, etc., etc., pero en ninguno atacaron los franceses con 5,600 hombres, más su reserva y 36 bocas de fuego, ni la guarnición de la plaza respondió al final con 48 cañones como sucedió el 29 de marzo en el ataque y toma de San Javier".

LA DEFENSA PASIVA

La defensiva ofensiva que se ha llamado también, defensa activa es tan ventajosa en estrategia como en táctica. Se obtiene entonces las ventajas de los dos sistemas esperando el momento que conviene para atacar, aprovechando los recursos naturales que ofrece el país.

Wellington supo sacar un gran partido de este género de guerra, tanto en Bélgica como en Portugal y en España; pero en México aconteció muy diferente, ya que dados los elementos con que se contaba para hacer la campaña defensiva, ni se iba a salir de ella, y, el espíritu y la indecisión del General en Jefe fué obstinada por la defensa de Puebla sacrificando todos los elementos con que se contaba y que aunque heroicamente, haciendo una defensa ejemplar y una rendición excepcionalmente honrosa, la verdad es que se perdieron todos los elementos con que se contaba y trajo como resultado que se abriera un paréntesis de defensa hasta cuando se retiró el Ejército Francés, en que nuevamente en el Norte y en el Oriente de la República se verificaron hechos de armas de marcada significación.

Uno de los más grandes talentos del General es saber emplear los dos sistemas, sobre todo, saber recobrar la iniciativa en medio mismo de la lucha defensiva. El general González Ortega nunca inició la ofensiva y se notó que todas las veces que el Cuerpo de Ejército del Centro buscaba los combates, no tomaban parte los defensores de la plaza, sino en la actitud propia de defensores, concretándose a llamar la atención y de verificar aislados combates de gasto que nada significaron para el éxito.

"Cambiar la línea de operaciones está considerada como la maniobra más hábil que enseña el arte de la guerra". Napoleón I.

Los que aconsejaron al general Forey que dejara Puebla y siguiera a México no andaban errados, ya que el cambio de la línea de operaciones podría haberle ofrecido dos oportunidades; batir al Cuerpo de Ejército de González Ortega en su marcha para proteger México y después atacar la capital que estaría defendida por el Cuerpo de Ejército de Comonfort, que por cierto no contaba con elementos dignos de tomarse en cuenta. Lo atestigua la derrota que sufrió por un núcleo de poca importancia del Ejército expedicionario. No fué error del general Forey no haber marchado resueltamente sobre México, pues tenía noticias de la terquedad del mando de que a toda costa se defendiera Puebla, en lugar de haber cambiado la línea de operaciones, dejando la línea de comunicaciones del enemigo,

para por retaguardia lenta y sucesivamente batirla, con objeto de llegar a una interrupción definitiva, sin haber sacrificado tanto elemento que se debería haber cuidado para engrosar constantemente las filas y no haberlo expuesto a la destrucción torpe que ocasionó que las operaciones militares ofensivo-defensivas de las tropas nacionales, tuvieran un interregno tan definitivo, que sólo vuelven a ser dignos de tomarse en cuenta los combates, cuando el ejército francés se retira y podemos adquirir elementos de guerra en los Estados Unidos, al terminarse la guerra separatista.

Para la defensa de Puebla se olvidó mucho de lo que aconsejaba el teniente general prusiano Pittwitz et Gairon —1860. Si el mando mexicano hubiera tenido ese libro a la vista, se hubiera dado cuenta de que Puebla no estaba en condiciones en ser defendida y aunque lo fué muy ariosamente, pero con el peor de los éxitos; con la destrucción de dos Cuerpos de Ejército que llevaban reunido la mayor parte del material de guerra con que se contaba y un núcleo grande de oficiales de todas las jerarquías que se sacrificaron inútilmente.

Desde 1865 ya el general Jomini, que era reputado como un consejero de primera categoría en asuntos de estrategia y de táctica, decía en un folleto de conclusiones:

"Después de diferentes debates se ha llegado a esta conclusión definitiva: El sistema de Wellington es ciertamente bueno para la defensiva." El sistema defensivo maestro de Wellington tuvo su aplicación y resonancia en la campaña de Portugal y ese sistema y no otro, es el que debe desarrollar México al ser invadido por países fuertes.

El General en Jefe había sido caudillo en la guerra de Reforma, título moral que alcanzó en la batalla de Calpulalpan que dió al traste con el Partido Conservador; pero aquel caudillo que obtuvo el triunfo en una batalla de encuentro, como fué la de Calpulalpan, estaba lejos de ser un buen General en Jefe para combatir contra selectos oficiales como traía el ejército francés.

La reclutada enorme del Borrego, que lo separa mucho de que se le considere como un oficial elementalmente hábil, lo vedaba de haber sido nombrado General en Jefe; pero nuestras organizaciones de revuelta obligan a que se conserven en los mandos a personas que con su dirección y su jerarquía han ocasionado a la república serios desastres, que no solamente han originado el sacrificio inútil de elementos, muy dignos de mejor suerte, si no que como en la Guerra Americana, a esos generales se debió en parte la pérdida de una buena parte del territorio; debiendo confesarlo para que se busque el remedio para el porvenir, que esas pérdidas de territorio no ofrecen ni el paliativo de que hayan sido pérdidas con honra.

El gobierno tal vez se volvió a encontrar como cuando decidió dejenar Puebla el año de 1862 y ante su obstinación errónea por necesidad política hubo de nombrar al general González Ortega, que entre otras graves faltas que cometió, es máxima la de no haber sabido o no haber querido combinar en ataque con las tropas del Cuerpo de Ejército del Centro, no obstante la continuada insistencia del general Comonfort para convertir en activa, la penosa defensiva pasiva a que estuvieron sujetas las tropas empeñosamente sacrificadas en la Ciudad de Zaragoza.

De mucho hubiera servido al mando mexicano no leer la brillante obra del general Jomini, escrita el año 1851 en su "Resumen del Arte de la Guerra". Alguna vez he oído decir a alguna persona portadora de galones que nosotros aquí no necesitamos de nada teórico; que aquí nuestros guerrilleros han resuelto las situaciones militares con sólo valor y actividad y cometiendo toda clase de atropellos.

APRECIACIONES SOBRE EL MANDO

Si por el estudio detenido de los hechos militares y de la actuación del general González Ortega, se deduce que estaba muy lejos de poder desempeñar con eficiencia altos mandos, ya al terminar estos modestos apuntes de estudio, he encontrado corroboradas mis apreciaciones por el mismo Presidente Juárez en algunas de sus cartas y en el diario del notable jurista D. José María Iglesias, importante colaborador en el gabinete del tenaz defensor de la nacionalidad y de las instituciones republicanas.

No obstante que el general González Ortega demostró grande ineptitud para colaborar en una maniobra significativa, dejándose sorprender infantilmente en el Borrego y una lamentable y continuada inercia defendiendo Puebla hasta acabar inutilizando todos los elementos de guerra que el gobierno puso a su disposición para combatir al invasor, sin embargo el Presidente Juárez que hubo de errar con frecuencia para decidir sobre quiénes deberían tener los mandos principales en septiembre de 1864 ordenó la formación del "Primer Cuerpo de Ejército de Occidente" confiando el mando al inerte defensor de Puebla.

Los resultados pésimos de tal elección no tardaron en dejarse sentir, pues el 21 de septiembre cerca de Majoma, Durango, perdía el general González Ortega el combate, según las apreciaciones de los miembros más caracterizados del gobierno y la del mismo Presidente, porque el general González Ortega no hizo que tomaran parte en el combate todas las tropas disponibles; pues sólo combatió una pequeña fracción; en tanto que la mayor parte presenciaba los hechos en formación. Esta tropa que tan mal pa-